



VI

EN TORNO DE UN ÁRBOL DE NOEL

El ruido que hicieron los recién llegados al instalarse en sus asientos, no arrancó á Adela de su contemplación del cuadro maravilloso que para su joven imaginación formaba el árbol de Noel, con sus cien globos de colores que brillaban en las sombrías ramas de aquél, y el grupo de napolitanos sentados en el suelo. Los gorros rayados de los hombres, y los corpiños rojos, amarillos y azules de las mujeres, lo fantástico de sus vestidos teatrales, la singularidad de sus instrumentos de música, el peinado de las mujeres, sus enormes alfileres de metal, sus faldas de terciopelo chillón, todos estos detalles de un convencional extranjerismo la entusiasmaban lo mismo que á su niñera; formando las dos un cuadro más encantador aún, la una pobre y humilde sirviente, la otra una niña de dulce y agradable rostro. Un éxtasis inocente las transportaba; éxtasis del que la niña despertó de repente y con mucha pena. Al mirar en torno y ver ocupados los sillones que ella creía vacíos, sin que hubiese visto llegar á nadie, sintió un sobresalto casi convulsivo de timidez. Enrojeció, y brusca é involuntariamente se retiró hacia su niñera con aquel

gesto de animalito salvaje que le era tan propio. Torció su linda cabeza y arrugó el entrecejo en señal de temerosa ansiedad. En la hostil retirada de su frente había algo de la gracia salvaje de un antilope que se apresta á la defensa, y ante aquella instintiva desconfianza la señorita Scilly, que acababa de saludar con un gesto á Anita, volvióse á Francisco Nayrac para decirle:

—Es mi amiguita de la otra mañana; ya sabe usted; la que jugaba con la muñeca, á la que suponía enferma. Mirela usted, sin fijarse mucho para no desconcertarla, y dígame si no es cierto que tiene un parecido sorprendente con el retrato de su hermana de usted. Más aún hoy que no lleva sombrero.

—Sorprendente—repitió Francisco con alterada voz.—Por un impulso irresistible había vuelto la cabeza para mirar á su hija. Mientras haya seres que amen, ¿qué juicio podrá prevalecer en ellos contra la necesidad de la mirada en lo que el más tierno de los poetas ha basado el crimen inexpiable de su Orfeo? Se volvió—dijo Virgilio—el corazón vencido,—y así fué como Francisco miró á su hija. La emoción que experimentó desde la entrada, al ver el sitio peligroso que iba á ocupar durante la velada, debió parecer muy extraña á sus acompañantes; pero tanto Enriqueta como su madre habían quedado aturcidas desde el primer momento por el ruido de las conversaciones, el resplandor de las luces, lo pintoresco de aquella sala para el espectáculo improvisado. Ahora que la señorita Scilly podía notar la turbación de su novio, se la explicaría por el recuerdo de su hermana muerta. Y en realidad era esto cierto: el recuerdo de

Julia le emocionaba de nuevo, mientras se abismaba en la dolorosa voluptuosidad de la contemplación que se había prohibido á sí mismo.

La niña le mostraba la silueta de su fino rostro como encerrado en el marco de sus cabellos de oro. Estaba vestida de blanco; una estrecha gola de muselina rodeaba su frágil cuello, haciendo resaltar el delicado matiz de su tez, comparado por Enriqueta, el primer día que la vió, con el oro pálido de una rosa. Esta tez se armonizaba de singular manera con la expresión pensativa, casi amarga de su boca. Cuando la sonrisa no animaba aquellos frescos labios, parecía que una inconsciente melancolía reinaba en aquel sér. Los niños nacidos del adulterio llevan frecuentemente en sus rostros esta expresión de tristeza prematura, resto de la angustia en que fueron concebidos, entre dos remordimientos, y bajo la amenaza de un peligro. Se creería á veces que su instinto adivina la oculta tristeza de su culpable nacimiento y de su mentira. Pero á pesar de la profundidad de su mirada, Adela era una niña, y tenía, por lo tanto, esa facilidad de vibrar alegremente al menor placer, esa alegría de la vida, irreflexible, espontánea, casi animal; y cuando los músicos napolitanos comenzaron sus pantomimas y sus cantos, acompañándose uno con el violín, otro con la mandolina, otro con las castañuelas, bailando otro y otro haciendo gestos, las mejillas de la niña se encendieron, brillaron sus pupilas, sonrió su boca, y todo su sér se agitó completamente transformado.

A medida que se abandonaba á sus impresiones, y que las fases diversas de su joven naturaleza se re-

velaban, Francisco encontraba aún más semejanza entre el rostro de Adela y el de su hermana; semejanza que llegaba á un grado de identidad, merced al recuerdo, y Francisco experimentó de nuevo aquel sentimiento que le había invadido en el jardín, de una aparición medio fantástica.

El fantasma de la muerta con la que él había jugado gratamente en aquellas noches de Noel muy lejanas, se le aparecía, mezclándose á la forma real de la linda criatura que continuaba contemplando, estrechándola en sus miradas, si puede decirse, como la hubiera estrechado en sus brazos. Pero entre ella y él, entre el abrazo y aquel cuerpo que tenía sangre de su sangre se interponía otra persona... Lo que él amaba en el mundo como á nada estaba allí, encarnado en aquellas dos cabezas tan queridas. ¿Por qué no podía aproximar la una á la otra, unir aquellos dos cuerpos, hacer de Adela la hija de Enriqueta, y amarlas juntas, amándose también las dos?

Sueño insensato, inocente y culpable á la vez que había ya atravesado su loco espíritu. En aquel salón, en medio de la fiesta sintióse acometido de una violentísima emoción, acrecentada por los esfuerzos de las últimas semanas, hasta el punto de olvidar el sitio en que se encontraba, qué vigilancia inquieta podía temer, en fin, que él era un novio sentado entre su prometida y la madre de ésta; y como si despertase de un sueño oyó la voz de Enriqueta que le decía bajo, volviendo hacia él su rostro de virgen, en el que Francisco había puesto por tanto tiempo la esperanza de una vida nueva.

— Veo que usted sufre. Esta niña le recuerda á

su pobre hermana. ¿Quiere usted que nos vayamos?

— No,—respondió él, esforzándose por sonreír.— Ya ha pasado. Ya sabe usted que ese recuerdo es siempre una herida sin cicatrizar.

— ¡Querido Franciscó! —dijo Enriqueta con una compasión tan delicada en sus azules y leales ojos, que él volvió los suyos.

A pesar, pues, de su resolución, Francisco entraba de nuevo en el camino maldito de la mentira, pues era mentir dos veces atribuir su agitación á la noble causa que Enriqueta creía adivinar y aceptar esta caridad que debía inspirarle horror.

Tenía tanta necesidad de quejarse, y al mismo tiempo tanta necesidad de abandonarse á las sensaciones que le removían hasta el fondo de su corazón, que rehusó por segunda vez el ofrecimiento de marcharse que renovó la señora de Scilly.

— No se quede usted por mí, — le dijo; — mucho me divierten estas canciones napolitanas, pero el que las ha oído una vez las ha oído ciento.

— Estas son extraordinarias, casi inéditas, — respondió el joven; — y los músicos bastante buenos, lo que aún es más extraordinario. Y hay que confesar que estos farsantes son incomparables. Mire usted qué cara de honesto canalla pone ese gordo, y aquel delgado, qué bufonería en la seriedad de su máscara inmóvil. Seguro estoy de que han cantado y bailado mil veces en hoteles como éste, y que se divierten verdaderamente por cuenta propia. Y el público es digno de los actores. Unos ingleses mirando hacer monadas á los napolitanos. Es toda la admiración y todo el desprecio á la vez que el Norte siente hacia

el Mediodía. Allí á la derecha hay una vieja lady, con sombrero, y cuyas mejillas están rojas por el abuso del vino. ¡Cómo se alegra á la vista de esos bohemios! Es delicioso.

Francisco hablaba así con una verbosidad forzada, á fin de demostrar que su agitación había concluído. Con la excitación de su charla procuraba engañar, no solamente á sus confiadas vecinas, sino á sí mismo; pero los latidos de su corazón eran cada vez más violentos. Sin cesar y mientras hablaba, volvía los ojos hacia la niña Adela, que de repente y por casualidad volvió también los suyos hacia el joven. Por primera vez aquellas pupilas oscuras le miraron, como Paulina lo hizo la otra mañana, de un modo natural y tranquilo. Después su mirada se paseó por la fila de espectadores colocados detrás de ellos, volviendo á fijarse en el árbol de Noel y en los músicos. Demasiado sabía Francisco que él no era para la niña más que un extraño, un cualquiera, al que la memoria de Adela no unía, no podía unir ninguna idea particular. ¿Por qué su indiferencia absoluta le oprimía el corazón, como las más tristes de las pruebas que soportó en aquellas tres amargas semanas? ¿Qué podía esperar, pues, de aquella pobre niña, después de haber desplegado durante algunos años una energía feroz para alejarse de ella sistemáticamente? ¿Imaginábase acaso que de sus miradas saldría una sugestión de ternura, capaz de despertar en ella el grito de la sangre que él escuchaba con insólita fuerza en su corazón?

Su instinto de la paternidad, tan violenta y repentinamente despertado, acababa de sufrir un golpe casi

físico. Él no conseguiría sin duda nunca, ni la simpatía de extraña mansedumbre que ahora mostraba la niña á Enriqueta. Esta había tenido razón cuando dijo que poseía un sortilegio para hacerse amar de los seres sencillos.

No habiendo cometido la falta del primer encuentro en el jardín, la de aproximarse demasiado rápidamente á la niña, había dejado á la linda salvaje tiempo suficiente para que la examinase á hurtadillas, para que la juzgase y para sentir el repentino encanto de la gracia y la dulzura en la belleza. La influencia de este encanto fué perceptible por la huída de la desconfianza que acabó en Adela. Poco á poco había cesado de replegarse en el extremo de su sillón, como hizo al llegar las señoras, cual si se refugiase en su niñera. Su cuerpecito tomó la libre facilidad de sus movimientos. Se la sentía respirar más á gusto.

Dos ó tres veces, ante una payasada de uno de los cantantes, rió al mismo tiempo que su vecina, y llegó un momento en que la joven y la niña hablaron. Fué como el movimiento en que el antilope, que al principio huye, vuelve á comer en la misma mano que le espantó, el verde puñado de hojas. ¡Qué agradable hubiera sido para Francisco el encanto de aquella magia de haber ocurrido en otras circunstancias! Pero entonces sólo servía para aumentar su pena, precipitándole más en el abismo de sus encontradas emociones. Sentir la gracia de aquella criatura era beber una nueva dosis de veneno, perder su fuerza moral, su felicidad, su amor mismo; nublar aún más sus esperanzas. Escuchaba con curiosidad, con es-

panto, aquel diálogo que se iba haciendo cada vez más familiar.

—¿No has visto nunca un árbol de Noel tan bonito como éste?—preguntó Enriqueta.

—No,—se apresuró á responder Anita, que quedó asombrada al ver que el habitual mutismo de la niña para con los extraños cesaba de repente, pues Adela respondía en el mismo momento:

—No, he visto algunos, pero no tan bonitos como éste. El año pasado mamá hizo un árbol para cincuenta niños. Y me gustaba más que éste; primero,—añadió,—porque estaba en nuestra casa y estaba nevado.

—Y por que tendrías allí tus amiguitas—añadió Enriqueta.

—Sí,—respondió la niña con viveza.—Estaba Francisca, la sobrina de Anita.

—¿Y quién más?—preguntó Enriqueta.

—Las demás son amigas para jugar,—repuso la niña;—pero Francisca era como de la familia. No ha podido venir con nosotras. ¡Es tan pobre!... Tiene que trabajar en el campo. Cuando sea mayor vivirá en nuestra casa y siempre me acompañará en los viajes. Mientras su boca sonriente pronunciaba estas palabras tan llenas de esa generosidad que en el alba de la vida es indicio de magnanimidad del corazón, los ojos de Adela brillaban. Enriqueta se volvió hacia Francisco para decirle á media voz: ¡Cómo se conoce que es hija de una buena madre! Y tomó en su mano la de su vecinita, que se ruborizó ante aquella caricia. Siguió sonriendo, siempre turbada, pero más amigablemente. Enriqueta la preguntó:

—¿Aunque tu mamá no ha venido, supongo que no será porque se encuentre peor?

La sonrisa de la niña se borró al escuchar la pregunta; por su rostro, en el que sus pensamientos se transparentaban como la sangre por las venas azules de sus sienes, pasó una nube y dijo:

—Gracias, señora. Mamá estaba bien estos días, pero ayer tomó algo de frío y se encuentra peor. No ha querido que yo estuviese encerrada con ella. Siempre tiene miedo de que me aburra en Palermo y que eche de menos mi casa de Molamboz. Es verdad que aquello me gusta mucho, pero prefiero estar aquí con mamá.

Enriqueta, muy pesarosa de haber evocado el recuerdo de la enfermedad de Raffraye, que tanta pena causaba á la niña, dijo:

—Ya verás cómo este hermoso sol la cura pronto. También mi mamá estaba muy mala cuando vinimos y ahora ya ves qué bien está.

Después quiso abandonar aquella conversación, temiendo herir de nuevo á la niña, y añadió:

—Mira, no me llames señora, sino Enriqueta; ¿quieres?

Adela pareció no haber escuchado el final de la frase; tan absorta se encontraba contemplando á la señora Scilly, cuyo rostro estudiaba con creciente curiosidad. Fácilmente se adivinaba por qué en su cerebro infantil comparaba la fisonomía de la Condesa con la del sér á quien más amaba en el mundo; aun que no se daba cuenta de los peligros á que la salud está expuesta, su cariño le prestaba un instinto especial para presentirlos, como con frecuencia sucede á

su edad. Sin embargo, había oído bien lo que Enriqueta le había dicho, porque después de una pausa, añadió:

— Perdóneme usted, señorita. ¿Su mamá ha estado mucha tiempo en cama?

— Semanas — dijo Enriqueta.

— Perdón otra vez. ¿Sentía frío aquí? — y se señaló al pecho.

— Sí.

— ¿Y tosía mucho por la noche?

— Mucho.

— ¿Y ha tardado mucho en curarse en Palermo.

— No hace dos meses que salimos de París.

Por segunda vez Adela guardó silencio. Se quedó pensativa mientras los cantantes continuaban haciendo sentir á aquella concurrencia de turistas, de desocupados y de enfermos, el estremecimiento de vitalidad popular que despiertan las más insignificantes coplas originarias de Nápoles.

El pensamiento de la niña parecía haberse alejado de la habitación, del espectáculo, del público y de los cantantes; pero como sucede cuando oímos música sin escucharla, las melodías se mezclaban á su sueño, redoblando su exaltación, como redoblaban la emoción de Enriqueta, pesarosa de haber despertado aquella precoz y delicada sensibilidad. También Francisco sentía aumentar su inquietud oyendo aquella música.

No había perdido una sílaba del breve diálogo y quedóse maravillado de la precocidad de aquel tierno corazón. La había visto sentir, y dominado como estaba por la idea de la herencia, ¿cómo no reconocer

en ella el don fatal que él la había transmitido con los rasgos de su familia, ó sea la delicadeza extraordinaria de sentimientos? Su hermana y él también habían sufrido cuando tenían la edad de la niña. ¿Y hacia quién se dirigía aquella ternura prematuramente enfermiza? Hacia una madre que para ser amada de esta suerte había debido verdaderamente merecerlo. Francisco lo sabía por experiencia propia; los niños más sensibles son fácilmente heridos y una palabra viva, una injusticia, una impaciencia, bastan para hacerlos replegarse en sí mismos, y cuando queréis aproximaros á ellos, vuestra presencia les remueve la cruel emoción, siéndoos casi imposible su reconquista.

La idolatría de Adela por la señora Raffraye, era un vivo testimonio del cariño que esta mujer había demostrado á su hija. ¿Y no podía Francisco considerarse dichoso de que hubiese sido así? ¿No era un consuelo para su conciencia ver que la existencia de la pobre niña había reanimado en Paulina el sentimiento de sus deberes y de sus responsabilidades? Si él hubiera conocido por la actitud de Adela ese secreto malestar de los niños muy amantes y poco amados, ese magullamiento íntimo de los malos tratos que deforma el alma para siempre, ¿no hubiese maldecido á su antigua querida, más todavía por esta injusticia desnaturalizada que por las perfidias de otro tiempo? ¿Por qué, pues, durante todo este diálogo y el silencio que siguió, él mismo quedó tan afectado, cuando acababa de tener la única evidencia que puede consolar y tranquilizar á un padre, separado para siempre de su hija?

Enriqueta y la niña reanudaron su conversación. Él siguió escuchando.

— Nosotras — dijo Adela, — hará dos meses en Febrero, que estamos aquí.

Con esto quería significar la niña: en Febrero, mamá estará curada; pues un destello de alegría había brillado en sus oscuras pupilas, entretanto que Enriqueta le preguntaba:

— ¿Es esta la primera vez que viajas?

— No — dijo la niña. — He ido con frecuencia á Besançon á visitar á mi tía.

— ¿Y á París?

— Nunca. Debíamos haber ido cuando mamá estuvo tan mala para consultar con otro médico; pero después no quiso. Adela me ha dicho que mamá odia esa ciudad desde que mi pobre papá murió allí. ¿Y su papá de usted, está en Palermo?

— También yo perdí á mi padre hace mucho tiempo — respondió Enriqueta.

— ¿Pero se acuerda usted de él?

— Sí. Yo tenía nueve años...

— Los que tengo yo ahora.

Y se quedó mirando á la señorita Scilly, como el que va á hablar de una cosa muy íntima y vacila.

— Señorita — dijo la niña, y viendo que Enriqueta la miraba cariñosamente, añadió:

— Quisiera preguntar á usted una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Cómo se conoce en el cielo á una persona que no se ha visto en el mundo jamás?

— Ese es un secreto de Dios — respondió Enriqueta. Era demasiado bondadosa para sonreír ante la pre-

gunta de la niña, que se apresuró á repetir á su novio, añadiendo:

— ¡Qué criatura más extraña y cuánto me impresional!

Ignoraba que aquella frase de Adela que transmitía á Francisco, tomaba una significación aún más extraña; pero cuando se volvía para continuar aquella conversación, que ya le interesaba mucho, notó que si Adela era muy impresionable, era también muy niña; ya en el móvil semblante de ésta no se dibujaba la expresión de antes; bastó para el cambio la presencia en la sala del portero políglota, casi desconocido con su peluca blanca y su barba empolvada.

Iba vestido de Noel, ó más bien representando la generosidad del fondista. Llevaba en su cuévano una porción de juguetes destinados para los niños. Esto impresionó á Adela. Brillaron sus ojos; un temblor nervioso agitó sus manos; coloreáronse sus mejillas; y al recibir su regalo de manos del hostelero que dirigía la distribución de los *Chrismas presents*, tembló de placer. ¡Miserable regalo que consistía en una muñequita vestida de siciliana! Después de mirarla, la niña, pensando en su muñeca favorita, dijo á la niñera:

— ¿Sabes? Esta será la Francisca de la otra.

Y se levantó al pronunciar estas palabras, cuya puerilidad contrastaba con las sentidas frases de antes. La niñera sacó el reloj é hizo señal á la niña, indicándole que era tiempo de retirarse. Se despidió de Enriqueta, y ésta contestó con una caricia. Sonrió la niña, adivinándose en su sonrisa la amistad que ya sentía por la joven. Pasó ante Francisco y la señora

Scilly, y desapareció entre las butacas, en tanto que el cuévano del repartidor de juguetes se vaciaba y los músicos volvían á tocar. La señorita Scilly dijo á su madre y á su novio, resumiendo sus impresiones de aquella noche:

—¡Y pensar que esta pobre niña se encuentre huérfana y sola, quizás antes de un año! ¡Qué tristeza!

Una hora más tarde, Francisco se repetía:

—Enriqueta tiene razón. ¡Muy triste es!

Pero estas palabras, que para la joven no representaban nada en concreto, se traducían para él en clarísimas imágenes. Veía morir á Paulina. Aunque su querida no le preocupaba más que en segundo término; desde el momento en que encontró á Adela, aquella idea le hacía temblar. Ese temblor que nos produce la agonía de un cuerpo que hemos sentido palpitar junto al nuestro con la profunda y misteriosa fuerza del amor. Sí... Paulina moriría muy pronto; sin duda cuando regresase á su país, después de una de esas falsas convalecencias que el sol del Mediodía da á los tísicos.

Adela vería aquel terrible espectáculo, como él lo había visto á la cabecera del lecho de muerte de su madre... ¡Cuán breves son esas horas en que tenemos ante nuestros ojos la máscara inmóvil y muda de lo que fué una cara viva, el espejo de un alma que nos quería! ¡Cuán breves, y qué fijas quedan sin embargo en nuestra memoria, en esa melancolía que no nos deja ni aun en los momentos de dicha! Indudablemente no dejarían á Adela en aquella soledad; se la llevarían... ¿pero, adónde? ¿Quién? ¿Qué misterioso personaje la arrancaría de aquel sitio? Acaso la reco-

gería aquella tía de Besançon á quien la pequeña se había referido en su conversación con Enriqueta. Y aquella parienta ¿sería para la niña una segunda madre? Y aun en el supuesto que fuese cariñosa para Adela, ¿comprendería aquel corazón en el que los mimos de otro tiempo habían despertado tal necesidad de continuas caricias y atmósfera tibia y cálida? ¿Y si aquella señora no era buena, y si Adela pasaba de repente del paraíso de cariño en que había crecido, al infierno de una familia hostil?

Francisco acababa de unirse á la naturaleza de su hija, y la encontraba muy semejante á él, para no sentir todos los sufrimientos probables de tal transplatación. Y, ¿aquel débil organismo resistiría á esta prueba? ¿No sería para ella la vida en tales circunstancias un tormento continuo? La niña llevaría en sus ojos y en su pálida carita la expresión de su martirio, bastante para evocar el nombre de un padre ó de una madre. La madre no podría auxiliarla... pero ¿y el padre?... Si Adela vivía á pesar de todo, si llegaba así á sus diez y ocho años, ¿quién se encargaría de elegirle un compañero digno de ella? Admitiendo que aquella tía fuese buena, no tendría más que un pensamiento: establecer á su pupila lo más pronto posible. Es carga muy pesada una huérfana; y las mejores personas sienten un alivio al desembarazarse de ella.

Adela se casaría, pues, con cualquiera; quizás con algún Raffraye, brutal, cínico y cruel, que haría de ella lo que el otro de Paulina... Aquella serie de pensamientos fué tan horrible para Francisco, que, ocultando la frente entre sus manos, lloró; lloraba por su



hija; porque iba á ser la víctima de aquellos azares; su hija que dormía al borde del espantoso abismo de la vida... Y por él también lloraba; por él, que era el padre de aquella niña, por la que nada podía hacer.

¿Pero era verdad que nada podía hacer? Los numerosos razonamientos con los que se había fortalecido contra toda clase de tentaciones durante la noche pasada en Monreal en el curso de su penoso examen de conciencia, se basaban en un solo punto muy pronto admitido por Francisco; los deberes que su paternidad, repentinamente reconocidos, le imponía hacia su hija, no se podían conciliar con los deberes que su palabra empeñada le habían hecho contraer con Enriqueta.

Era preciso escoger ó unos ú otros, y había escogido los que en su opinión llevaban el menor sufrimiento para aquellos dos seres queridos; pero ¿no se podían verdaderamente conciliar ambos deberes? Y se le apareció la imagen del cuadro puesto ante sus ojos aquella misma noche: Enriqueta cogiendo la mano de Adela y la sonrisa que las dos cambiaron. ¿Qué expresaba esta sonrisa sino que aquellas dos criaturas habían nacido para amarse, para comprenderse, para que Enriqueta fuera la amiga protectora de Adela? Al momento de conocerse simpatizaron. ¿Había sido él culpable al no impedir aquella simpatía naciente, suplicando, por ejemplo, á Enriqueta que abandonase el salón cuando ella se lo había dicho? Evidentemente, no. ¿Sería culpable si él dejaba crecer esta simpatía? La común vida del hotel ocasionaría nuevos encuentros. Enriqueta y Adela se volverían á encontrar, alegrándose mucho de ello.

Durante su noche de intransigente honradez, Francisco hubiera pensado que debía á toda costa evitar esta intimidad; pero ahora que se había aproximado demasiado á la niña, escuchaba la voz del sofisma siempre dispuesta á sostener sus derechos en las inteligencias que dudan. Esta peligrosa voz, cómplice de la debilidad de nuestros sentimientos, murmuraba á su oído la terrible frase que sirve de pretexto á tantas cobardes hipocresías: «¿callar es mentir?»... Este silencio bastaba, sin embargo, para que entre su hija y su novia se estableciese una amistad en la que él no intervendría para nada, y que le proporcionaría una gran dicha.

Contemplaría á la niña, se aproximaría á ella y la hablaría sin tener que ocultar esto como un crimen. Pero esto traería una consecuencia necesaria: la de que Paulina Raffraye conociese también á las señoras de Scilly. ¡Qué repulsión había despertado en Francisco esta idea la primera vez que imaginó este espectáculo monstruoso: el cómplice de su adulterio sentado junto á Enriqueta y la Condesa, y estas dos honradas mujeres interesándose por aquella desgraciada, hablándola, consolándola, y, acaso, besándola! Preciso era que aquella noche pasada junto á Adela le hubiera trastornado el juicio para que Francisco abogase contra dicha repulsión que había sentido, aun en el único momento en que vió el inmenso cariño de la niña hacia su madre.

¿Pero Paulina no era, en efecto, digna de estimación por su conducta como madre? La ternura que por espacio de nueve años había demostrado á su hija, ¿no merecía que Francisco olvidase sus negras

traiciones, otorgándola su perdón? ¡Ah! ¡Qué no perdonaría él para tener la posibilidad de no perder nunca de vista á la niña! Este era el resultado que entreveía por cima de las argucias de su conciencia.

Si entre las dos familias se entablaban relaciones en Palermo, estas relaciones continuarían por cartas, al menos, una vez que hubiesen regresado á Francia. Tendría medio de saber qué era de Adela, y medio, por consiguiente, de atenuar sus sufrimientos, si acaso sufría, de ir en su ayuda si era necesario. Estaba seguro de que la nobleza de su fin excusaría á los ojos de Enriqueta cuando ésta supiese la verdad, lo que antes hubiera encontrado un poco incorrecto, pues, una vez casados, él se lo confesaría todo. Se hacía formal promesa de confesárselo, y en esta resolución hallaba el medio de absolverse ante sí mismo. De estar menos trastornado hubiera comprendido que razonaba como esos depositarios infieles que gastan la suma tomada de la casa, jurándose que la devolverán aquella misma noche, al siguiente día, dentro de una semana.

En toda materia, ya se trate de dinero ó de sentimientos, la probidad se conoce en que no admite transacciones de ninguna clase; y así lo comprendió Francisco en su meditación de la primera noche. Pero la fiebre paternal le encendía ahora, después de algunos días pasados en continuo sufrimiento. Faltábale la fuerza necesaria para ir por el camino derecho, y justificaba su conducta, como nos justificamos todos, con la excusa de que estaba preso por los dos sentimientos más poderosos del hombre, y que no se excluyen: la paternidad y el amor; y continuaba acari-

ciendo el quimérico proyecto que debía permitirle satisfacer los dos.

Se preguntaba qué pensaría la señora Raffraye al saber que Adela había hablado aquella noche con Enriqueta. Y en la locura de su imaginación del porvenir, llegaba al punto de decirse, como si despertara de un sueño.

—Paulina no ha querido contestar á mi carta; ha prohibido á sus criadas comer en la mesa en que comen las de la señora Scilly. No quiere trato alguno con nosotros. Prohibirá también á la niñera que deje hablar con nosotros á la niña... ¡Ya decía *nosotros*, pensando en las relaciones posibles con Adela!

Y después añadía:

—¿Pero y si aceptase el trato con Enriqueta, y si cuenta que ha sido amiga de mi hermana?

Estas reflexiones, la larga serie de estos sueños, la angustia de perder la única ocasión que tenía de volver á ver á la niña, el deseo de probar á su querida que no le guardaba rencor alguno, los mil sentimientos, en fin, que le agitaban, se resolvieron con la decisión de hacer una nueva tentativa para acercarse, no á la mujer que tanto mal le había causado, sino á la madre inquieta y tierna, que no rehusaría para una hija tan joven y tan indefensa el más desinteresado, el más sincero y legítimo de los sacrificios.

Procuró hacérselo comprender así en la carta que dirigió á la señora Raffraye, carta de redacción más difícil que la primera, y á la que, sin embargo, no tuvo que quitar ni añadir nada. Un poderoso deseo le dominaba en aquel instante, para que no encontrase la palabra más justa, más propia. Preciso era

que la demencia de su emoción hubiese sido y fuese muy profunda para que su mano no vacilase al trazar las siguientes frases:

24 de Diciembre.

*«Aunque la carta que la he escrito á usted hace algunas semanas ha quedado sin respuesta, le escribo á usted nuevamente. Demasiado he comprendido lo que este silencio significaba, y usted ha visto que le he respetado. Sabe usted también, no puede usted menos de saber, que entre mi primera carta y esta han sobrevenido encuentros que no le oculto á usted me han conmovido profundamente. Usted ha sido la amiga de mi querida Julia, y en recuerdo de esta dulce muerta me ofreci á usted leal y sencillamente el otro día para evitar á usted las dificultades de la llegada á un país extranjero. En su nombre también suplico á usted me reciba, como se lo hubiera suplicado ella misma; en su nombre y en el de su encantadora niña en quien he encontrado la gracia, la delicadeza, la sensibilidad, hasta las facciones de mi hermana cuando era de su edad. Lo que tengo que decir á usted, su maternal instinto lo habrá ya adivinado. Escuche usted la voz de su corazón que le dirá que á la idea de una frágil é inocente criatura como Adela, no pueden mezclarse recuerdos de agitación y de amargura. Los verdaderos sacrificios son siempre raros. Puede usted creer que no arriesga nada viendo, al que ningún derecho reclama, y que le asegura que en las palabras de esta carta existe mucha más emoción que la que expresa su seguro servidor,*

FRANCISCO NAYRAC.»

El joven leyó y releyó esta página enigmática para otro, mas que para Paulina debía tener una significación clara y precisa: como si él hubiese escrito la verdad de su recíproca situación. No sintiendo hacia Paulina desde hacía algunos años más que un sentimiento de rencor, por la persuasión de que le había engañado y suponiendo que era, por lo tanto, acreedora á la mayor dureza, se encontraba muy satisfecho de borrar así sus agravios, y no dudó un momento de que aquello le llegaría al alma. Volvió á leer aquella carta á la mañana siguiente, al despertar de su sueño durante el que había vuelto á ver la imagen de la niña mezclada á escenas extraordinarias. Tuvo de nuevo la impresión de que el paso que daba conmovía á Paulina, y que se vería de nuevo vencida, y, por si se arrepentía, antes de ver á su novia entregó la carta al conserje del hotel para que se la llevara á Paulina. Sin embargo, este paso no significaba que él pensase apartarse de su novia. La amaba más desde que había visto la simpatía que sintió por Adela. ¿Aquellos ojos que tan tiernamente habían mirado á la niña, no tendrían una mirada de perdón para aquellos actos que él hacía y que se referían á un sér que no había pedido venir al mundo?